

no habia hecho mas que languidecer desde la matanza que tuvo lugar en la fiesta de san Bartolomé, espiró el 30 de mayo de 1574 en la flor de su edad, dejando la corona al rey de Polonia, su hermano. En medio de la lenta agonía de la desesperacion, habia el Rey otorgado un año antes una real cédula, para que los Jesuitas pudiesen establecer un colegio en Bourges, dirigiendo el 25 de mayo al Parlamento una orden en que le mandaba registrar en sus actas su real voluntad; orden á que se negó el Parlamento, porque veia moribundo al Soberano. Permitia este á los Jesuitas que ejerciesen su ministerio y erigiesen casas profesas en toda la Francia, pero el Parlamento se negó á concederles aun el derecho mismo de enseñanza: habia el P. Auger creado en Paris la adoracion perpetua del santísimo Sacramento con el objeto de indemnizarle de los sacrilegios de la herejía con el culto incesante de los Católicos, práctica piadosa á que se opuso con todas sus fuerzas Benito René, doctor en teología de la universidad; pero que á pesar suyo ha prevalecido después en la Iglesia; y el Padre Maldonado, tomando por su cuenta la causa de Auger, explicó su idea, y triunfó de los sofismas de la Sorbona.

Apenas se habia calmado algun tanto en Paris la tempestad contra la Compañía, cuando trataron los Hugonotes de suscitar otra nueva en Burdeos. El colegio establecido en esta ciudad prosperaba cada vez mas; llenos de envidia intentaron mandar anular las escrituras de su fundacion, exigiendo del rector de la universidad, que los Jesuitas ó sus discípulos no pudiesen ser admitidos á los grados académicos. Pero mientras les salian denegadas estas pretensiones, los colegios de Bourges y de Pont-à-Mousson adquirian un prodigioso incremento, llegando á ser reconocida esta primera casa, que dirigia el P. Bernardino Castor, y á donde Maldonado pasó de profesor, por aquel mismo parlamento que antes se habia negado á reconocerla. Maldonado habia conseguido una victoria teológica contra uno de los campeones mas eruditos de la universidad, y queriendo esta reconquistar á toda costa el terreno perdido, creyó poderlo hacer atacando la doctrina emitida por el Jesuita sobre la inmaculada Concepcion de la Virgen. Era á la sazón arzobispo de Paris el cardenal Pedro de Gondi, prelado que no habia tomado parte en la contienda suscitada por Eustaquio du Bellay, y que tampoco seguia su ejemplo respecto á condenar á los Jesuitas sin haberlos antes oido. Maldonado anunció

que la inmaculada Concepcion de la Virgen no era un punto de fe, sino solamente una creencia piadosa, y aunque esta opinion podia ofrecer materia á las controversias escolásticas, no atentaba en modo alguno contra la grandeza de la Madre de Dios; pero bastaba que el Jesuita hubiese abrazado este partido, para que la universidad y el obispo de Evreux abrazasen el extremo opuesto. Por un recuerdo de la antigua alianza que habia subsistido entre el arzobispo de Paris y la facultad de teología, apeló esta al juicio del cardenal de Gondi, quien declaró en 17 de febrero de 1575 que el P. Maldonado no habia emitido opinion alguna que se rozase con la herejía, ni que tuviese nada en contrario contra la fe y la religion católica <sup>1</sup>.

El juicio que acababa de pronunciar la autoridad eclesiástica no favorecia en verdad á las pasiones universitarias, por lo que el claustro se decidió el 11 de febrero á presentar una instancia al Parlamento. La universidad daba por no proferida la sentencia episcopal, y á pesar de su vigilancia por la conservacion de los derechos del ordinario, apelaba en una discusion teológica de las luces de su Pastor por ante la jurisdiccion, cuando menos ignorante, de una sala de justicia. La Sorbona y la universidad habian enseñado á los obispos á mostrarse celosos de sus prerogativas, en cuya atencion amenazó Gondi excomulgar á los rebeldes y lanzar un anatema contra Trissart, rector de la universidad, si persistia en condenar á Maldonado. El arzobispo de Paris habia juzgado en favor de los Jesuitas, y la universidad recurria al Parlamento dirigiendo al mismo tiempo á la Santa Sede una súplica que mas bien es una sátira que no una obra formal, en que se ocupan las cuatro facultades en lanzar malignas alusiones contra los Padres mas bien que en argumentos sólidos. «No torturamos, dicen, á las iglesias ni á los particulares; no perturbamos el orden de las sucesiones, ni solicitamos los legados con perjuicio de los herederos para aplicarnos su producto; no tendemos emboscadas á los monasterios ni demás beneficiados eclesiásticos para enriquecernos con sus bienes sin querernos sujetar á las cargas impuestas por sus fundadores; por último, no empleamos el nombre de Jesús para alucinar las conciencias de los príncipes, afirmando que solo estarán diez años en el purgatorio.»

<sup>1</sup> D'Ar gentre, *Collec. judic.* t. II, p. 245.

Como el cardenal de Borbon era el conservador de los privilegios de la universidad, buscóse con ahinco su proteccion. El Papa y el Cardenal, lo mismo que el arzobispo de Paris, decidieron contra la universidad en la forma y en el fondo. No por esto desisten los universitarios de pedir la decision del Parlamento, como si este pudiese anular el juicio de la Iglesia en materia de fe.

Atacados así los Jesuitas por sus enemigos, al paso que defendidos por sus admiradores, no consintieron permanecer espectadores pasivos de la calumnia que les acumulaba la universidad. Claudio Matthieu, rector del colegio de Paris, remitió á Gregorio XIII una memoria secreta, de fecha 19 de agosto de 1575, que después de doscientos y cincuenta años ve hoy la luz por la primera vez, y cuyo contenido es el siguiente:

«Nuestra Sociedad tuvo siempre en Francia desde que puso  
«el pié en este reino, dos clases de poderosos adversarios: los  
«herejes y aquellos de entre los doctores de la Sorbona que por  
«su edad ó autoridad ejercian mayor influencia. Pero aunque es-  
«tas dos clases de enemigos nos ofrecian los mismos peligros y  
«obstáculos, nuestro modo de resistirles fue sin embargo muy di-  
«ferente. Al luchar con los sectarios, no solamente los mirábamos  
«como antagonistas nuestros, sino como enemigos de Dios y de  
«la santa Iglesia, haciéndoles una guerra franca y abierta; pero  
«cuando nos hemos visto precisados á lidiar contra los doctores  
«de la universidad, cuya enemistad solo nos atacaba personal-  
«mente, hemos empleado la paciencia y el silencio como las úni-  
«cas y caballerosas armas; porque creíamos que la resistencia  
«que nos oponian, y en nosotros á Dios y á la Iglesia, dimanaban  
«mas bien de un error de raciocin o que de la corrupcion del co-  
«razon. Respecto á los herejes, los hemos desafiado, y aun per-  
«seguido cuando apelaban á la fuga: al paso que provocados por  
«los sarcasmos de la universidad, no hemos contestado, temiendo  
«que una justa defensa la suministrase un injusto motivo de creer-  
«se ofendida; y sin embargo los doctores estorban mas á menudo  
«nuestros designios que los herejes, y esto con tanta mayor faci-  
«lidad, cuanto que por nuestra parte no tratábamos de perjudi-  
«carles. Esto mismo prestaba una gran eficacia á los medios que  
«empleaban para anonadar nuestros esfuerzos, que solo se enca-  
«minaban, así lo creemos, á la gloria de Dios y utilidad de su  
«Iglesia. Hemos creído deber obrar de este modo, considerando

«á tales doctores como católicos, piadosos, graves, sabios y apre-  
«ciados de todos por honrar el nombre que la Sorbona les daba.»

Debemos convenir en que esta defensa es mas noble que el ataque. Disputaban á los Jesuitas su derecho de existencia en el suelo francés; y el rey de Francia que queria darles una prueba del mas alto aprecio que puede otorgar un príncipe cristiano á un sacerdote, apenas consagrado en la basilica de Reims, en 1575, eligió por confesor á aquel mismo P. Auger que habia sido su capellan de honor durante el curso de sus victorias; siendo este el primer Jesuita que recibió en Francia este terrible cargo, que llegó á ser mas adelante para algunos de sus sucesores y para la Orden entera un manantial inagotable de acusaciones, de que deberá ocuparse la historia.

Enrique III estaba dotado de una voluntad enérgica, dejándose ver en él todo el valor que le acompañaba cuando solo era duque de Anjou; pero de este Soberano al Príncipe afeminado que no sabrá un dia hacer frente á sus enemigos, ni apreciar á sus parciales, hay una gran distancia. El Rey queria ser obedecido, y todos se apresuraban á ejecutar sus órdenes; y viéndole el Parlamento decidido en favor de los Jesuitas, como se acordaba que era el vencedor de Jarnac y Montcontour, dejó reposar en el polvo de sus archivos todas las instancias y pedimentos de la universidad.

Así es que desembarazados los Padres de tantos procedimientos, pudieron, al abrigo del trono, diseminarse por todas las provincias y aclimatarse de una vez en Paris. En 1577, hizo la peste horribles estragos en el Mediodia de la Francia, y principalmente en las ciudades de Lyon y Aviñon, donde lanzándose los Jesuitas al socorro de los contagiados, perecieron doce de ellos víctimas de la caridad. Claudio Matthieu recorrió al mismo tiempo estas provincias en calidad de visitador, al paso que Maldonado desempeñaba las mismas funciones en el Norte; electrizando todos ellos con su presencia á los Católicos, do quiera que se presentaban. Hallábase en Tolosa Juan de Montluc, obispo apóstata de Valencia, próximo á dar cuenta de una existencia transcurrida en las apostasias del episcopado y en los honores de la tierra. Montluc, antiguo dominico, por diez y seis veces embajador de su Soberano, habia desempeñado las funciones de su cargo con toda fidelidad, no habiendo sido infiel sino á su Dios y religion. Esta-

ba agonizando en el lecho del dolor, y se felicitaban ya los herejes de aquella victoria que habian obtenido hasta en la tumba, cuando se dejó ver el Jesuita en la morada del enfermo. A vista de aquel hombre, que llevado de un sentimiento de cristiano celo, empezó á exhortarle con las expresiones mas patéticas, el Prelado apóstata, á quien habia condenado como hereje la Santa Sede, abre los ojos á la luz del catolicismo, y muere como cristiano y como obispo en brazos del Jesuita que le habia reconciliado con su Dios.

En Aunis y Santonge encontraba el error como un refugio á donde se acogia. Los paisanos de aquellas comarcas, antes tan industriosos y activos, se despojaban de su carácter laborioso, y olvidaban sus faenas para sumirse en una completa inaccion, ó para echarlas de teólogos: naturalezas bruscas, jamás doblegadas por la educacion, aceptaban la parte de la reforma que halagaba sus instintos, y abismados en un completo libertinaje, no tenian otras nociones de ilustracion que las de saberse sublevar contra la Iglesia ó insurreccionarse contra la autoridad del Soberano; llegándose á exceder en tales términos por los años de 1579, que la misma fuerza armada fue insuficiente á contenerlos. Hallábase enervado el poder, y desgarrado por las facciones, cuando el Padre Maldonado envió á estas provincias varios Jesuitas que osaron predicar con gran fervor, así en el Santonge como en la misma Rochela, baluarte y ciudadela del calvinismo. Profesaba Enrique III al P. Auger una amistad jamás desmentida, y deseando unirle á su reino con vinculos algo mas indisolubles que los del nacimiento, le ofreció la púrpura romana. Pero el Jesuita, que tenia en las tradiciones todavía recientes de su Orden bastantes modelos de humildad, se apresuró á seguir su ejemplo, rehusando el cardenalato; y con el objeto de hacerse olvidar, se dirigió al Franco Condado donde la Compañía de Jesús no habia penetrado aun. Déjase ver el Padre ante los Estados de la provincia reunidos en Dola, y da principio á su predicacion anunciando la palabra de Dios en presencia de aquella nobleza militar y togada, y pueblo: esto da por resultado la fundacion de un colegio en esta ciudad. En Dijon le invitó el Parlamento en masa á instruir á la muchedumbre, y para recompensar un celo tan productivo, el presidente Goudran, que falleció algunos meses después sin dejar herederos, consagró su fortuna entera en la creacion de un colegio, nom-

brando al Parlamento su albacea testamentario, quien ejecutó al momento sus órdenes. En Paris el presidente Montbrun siguió el ejemplo de Goudran, mientras que en Burdeos, el hijo de Largebarton, primer presidente del parlamento de Guiena, y el conde de Canillac, no contentos con favorecer á la Compañía de Jesús, renunciaron al mundo y los honores para consagrar su existencia al apostolado de esta misma Compañía.

Hacia la Sociedad tan rápidos progresos á vista de los mismos herejes, y comprendian los Católicos de Francia así como los de los otros reinos que poseía este Instituto tanta energía, que todos parecian decir entonces lo que en este mismo año de 1580 escribia á Felipe II el duque de Parma, Alejandro Farnesio:

«Señor, deseaba V. M. que mandase construir una ciudadela en Maestricht; pero yo he opinado que un colegio de Jesuitas sería una fortaleza mas propia para defender á los habitantes contra los enemigos del altar y del trono, y en ese concepto le he mandado construir.»

La misma idea habia tenido el duque de Lorena, proponiéndose ampliar la fundacion del colegio de Pont-à-Mousson cuando frecuentaban las clases de este floreciente Instituto su hijo y los dos hermanos de la reina de Francia, y el cardenal de Vademont era uno de los concurrentes mas entusiastas á las aulas de teología. Rogó el Duque al sumo Pontífice que erigiese una universidad en sus Estados, y habiendo accedido Gregorio XIII á sus instancias, por sus letras patentes del 28 de julio de 1580, Carlos de Lorena decretó que el rector del colegio de los Jesuitas lo seria de la universidad, al objeto de que las facultades de derecho y de medicina no pudiesen poner trabas á los Padres.

«En primer lugar, dicen las letras patentes, el que fuere superior ó rector del colegio de la Compañía en nuestra ciudad de Pont-à-Mousson, lo será igualmente de la universidad, quedando encargado de procurar la estricta observancia de todo el contenido de la bula de fundacion, y que los estudiantes y residentes sean instruidos en la piedad, virtud y buenas letras, segun las Constituciones de dicha Compañía, y del modo que se previene en la bula dada por nuestro santo Padre, para la confirmacion y establecimiento de dicha universidad, y habrá en ella un canciller piadoso y erudito, miembro tambien de su Compañía.»

A pesar de la autenticidad de la bula y de las letras patentes, los enemigos de los Jesuitas han sostenido que estos habian usurpado la plaza de rector de la universidad de Pont-à-Mousson mediante una supuesta bula de Sixto V<sup>o</sup>. Pero Sixto V no fue elegido Pontífice hasta 1585, y la bula de Gregorio XIII, lo mismo que las letras del duque de Lorena, están datadas de 1580. Esta simple confrontacion de fechas evitaba una equivocacion en la historia. Pero lejos de esto, teniendo la verdad á la mano se ha dado la preferencia al error. Lo mismo que emprendia el duque de Parma en los Países Bajos, y el duque de Lorena en Nancy, lo ejecutaba el Parlamento en el Franco Condado, y en Paris se dió principio á una casa profesa de la Orden en la calle de san Antonio, bajo los auspicios del cardenal de Borbon, en tanto que el Papa dirigió el brevè siguiente á Pedro de Gondi, arzobispo de esta capital.

«VENERABLE HERMANO, SALUD:

«Aunque estamos bien convencidos de que vuestra fraternidad aprecia á los sacerdotes de la Compañia de Jesús, creemos no obstante que importa mucho á la gloria de Dios y salvacion de las almas, doble objeto de los trabajos que se han impuesto los individuos de esta Orden, daros á conocer que por eso mismo los amamos tiernamente, y deseamos que vuestra fraternidad tome muy á pechos sus intereses. No hay duda que se ven violentamente atacados en vuestra nacion, y esto sin culpa suya, ó mas bien á consecuencia de la condicion comun á todos los siervos de Jesucristo. Procurad por lo tanto protegerlos cuanto os sea posible, prohibiendo que se opongan á la construccion de la casa que trata de edificar para ellos la generosidad de nuestro muy amado hijo el cardenal de Borbon, ora porque esta obra es digna de vuestra piedad, como porque será muy agradable y méritoria á los ojos del Señor. Dado en Roma en san Pedro, el 18 de abril del año 1580, VIII de nuestro pontificado.»

<sup>1</sup> No por esto deja de existir la bula de Sixto V, calificada de supuesta. Denomínase *Bulla S. D. N. Sixti V de rectore universitatis Musipontanae*, empezando por las palabras *Rationi congruit*. Las letras patentes y las bulas de Gregorio XIII y de Sixto V se imprimieron en Pont-à-Mousson, comprobadas con sus originales por N. Hombroux y J. Estienne, notarios apostólicos.

Por medio de una nueva real cédula, otorgó el Rey á los Jesuitas el derecho de ejercer en todos sus Estados el ministerio de la predicacion y el de la enseñanza con arreglo á su Instituto. Esto era volver á abrir las llagas de la universidad. Llamó esta en su ayuda á todos los curas de Paris, de los que salieron tres ó cuatro á la palestra, dando principio á una guerra de cavilidades que amenazaba eternizarse, si la peste no hubiera llegado á poner un término á estas contiendas. El rector de los Jesuitas puso á disposicion de los magistrados de la ciudad aquellos hombres á quienes la caridad habia confundido en una misma idea de abnegacion, y que aun no se habian visto sino en los campos de batalla teológica: ya habian sucumbido víctimas del contagio los PP. Anatolio Reynaldo, Edmundo de Morangier y Francisco Bilchez, y los curas y universitarios, que no consentian en dejarles la iniciativa de aquella especie de martirio, se lanzaron en pos de ellos, y aun muchas veces á su cabeza, arrostrando con valor los peligros que el contagio hacia nacer á cada instante. La universidad y los Jesuitas se habian encontrado ya en otro lugar diferente al tribunal parlamentario; á la sazón iban á marchar de concierto por el nuevo terreno que la Religion y la política se habian elegido, merced á la Santa Union ó llámese la Liga, que en aquel instante enarbolaba su enseña.

En España no tuvieron los Padres necesidad de combatir adversarios de tanta monta; limitándose sus combates á ciertas rivalidades de convento, ó á imposturas emanadas de la pluma de algunos escritores eclesiásticos, á quienes la Compañia se habia visto precisada á expulsar de su seno. Así es que al morir el nuncio apostólico en Madrid en 1577, se encontró entre sus papeles una memoria anónima, en la cual se proponia y discutia con astuta malevolencia la separacion de los Jesuitas españoles del resto del Instituto. Lanzábanse en ella tres capítulos de acusacion contra la Sociedad, á que dieron los protestantes del Norte una inmensa publicidad y demasiada importancia: eran estos, la desigualdad de las jerarquías, la forma electiva y la facultad que otorgaba al General para expulsar á cualquier individuo del Instituto. No cabe duda en que esta acusacion era obra de algun Jesuita rebelado.

Otro Jesuita, á quien sus turbulencias merecieron una despedida formal, abordó la cuestion con mas audacia, sentando como

principio que los españoles tenían derecho para escogerse entre sí un jefe particular. El P. Ribadeneira, que había sido compañero y amigo de Ignacio de Loyola y Laynez, fue comisionado por Mercurian para contestar á estos ataques. Obedeció gustoso el Jesuita, sosteniendo aquel primer asalto que presagiaba otros muchos, y demostrando que si el Instituto llegaba á perder su unidad, apropiándose una patria que no fuese la Iglesia católica, se condenaba por este solo hecho á la impotencia, que es la muerte de toda sociedad civil ó religiosa. Estas cuestiones interiores, que la discordia trata siempre de divulgar, ya para provocar un escándalo como para fijar la atención pública, no fueron capaces de apartar á los Jesuitas del plan que se habían propuesto. Echaban á la sazón los cimientos de varios colegios en Cuenca, Soria, Oviedo, el Ferrol y Pamplona, al paso que Sevilla y Valencia les ofrecieron fundar dos casas profesas.

También la Lombardía, de la cual era apóstol el cardenal san Carlos Borromeo, se resentía de estas influencias. Guardaba el Cardenal los Jesuitas á su lado como á sus más decididos auxiliares. El P. Leonti era el compañero de sus visitas pastorales; y trabajaban bajo sus órdenes en la educación de la juventud Palmio, Perucci, Adorno, Gagliardi y Belarmino. El 5 de julio de 1569 colocó la primera piedra de la iglesia de San Fidel, que cedia á los Jesuitas. El 4 de octubre de 1572 les dió posesión de la abadía de Braida, trazando con ellos al propio tiempo el plan de la célebre universidad del mismo nombre. El mismo año creó un noviciado de Jesuitas en Arona junto al lago Mayor, y en 1573 les confió en Milan el colegio de Nobles.

La confianza que dispensaba el cardenal Carlos Borromeo á la Sociedad era para ella un estímulo al par que un elogio; pero tantas misiones aglomeradas en un solo punto perjudicaban á su propagación, ó al menos la servían de obstáculo por la penuria en que se hallaban de individuos: se vió en la necesidad de renunciar al seminario de Milan y al colegio de Nobles. Los émulos de la Compañía, á quienes parece imposible que cuando los Jesuitas poseen alguna cosa puedan renunciarla espontáneamente, luego que vieron la renuncia que habían hecho de estas casas empezaron á esparcir el rumor, que después ha hecho sudar mil veces las prensas, de que irritado el Cardenal contra ellos se las había quitado. Para dar cierto carácter de veracidad á este

aserto confundieron de tal modo las fechas, que para ellos no media intervalo alguno entre el año de 1564 en que hicieron los Padres la cesión, hasta el de 1577 en que dan por sentada la expulsión; y sin embargo, en este último año obtuvieron del Cardenal el permiso de no continuar en la dirección de su seminario, como lo justifica el santo arzobispo de Milan: «Hace ya dos años, «escribió el 9 de abril de 1579 á Speciano, su agente en Roma<sup>1</sup>, «que he terminado este negocio (habla aquí de su seminario) con «los Padres de la Compañía, quienes parecían vivamente empe- «ñados en que confiase á los sacerdotes de mi diócesis la direc- «ción de mi seminario.»

Giussano, historiador del Cardenal, explica este suceso del mismo modo: «Los Padres de la Compañía, refiere<sup>2</sup>, tuvieron «durante algunos años el gobierno del seminario, sirviéndose de «ellos Carlos en todos los ministerios de su iglesia; pero viendo «sus numerosas y vastas ocupaciones, previo su consentimiento, le confió á la congregación de los Oblatos.»

La dificultad de reclutar tantos Jesuitas como habría deseado el arzobispo de Milan le había obligado á fundar la congregación de Oblatos de san Ambrosio, la cual debía, según su idea, ser con sus buenas obras como suplente de la Sociedad de Jesús. Queda con lo dicho explicado el asunto del seminario. Oigamos sobre el del colegio de Nobles al historiador Oltrochi, el cual se explica en estos términos: «Costó muchísimo á Carlos, á pesar de «lo mucho que había hecho á favor de la Compañía de Jesús, lo- «grar que los superiores de la Orden aceptasen este nuevo co- «legio. Consérvase aun en los archivos una carta del P. Adorno «dando aviso al Arzobispo de haber recibido orden de retirar á «uno de los tres Padres empleados en el gobierno del colegio. «Así por más que el Cardenal repitiese varias veces sus vehe- «mentes instancias, solo con mucha dificultad pudo lograr que, «al menos por algún tiempo, continuasen los Padres ejerciendo «dichas funciones.»

Hemos examinado esta acusación, que durante más de doscientos cincuenta años ha pesado sobre la Compañía de Jesús, y que apreciada en su valor ha debido reducirla la imparcialidad de la

<sup>1</sup> *De vita sancti Caroli Borromei*, lib. II, c. V, núm. 6, columna 97.

<sup>2</sup> *Historia de la vida de san Carlos*, lib. II, cap. V, núm. 6, pág. 86 (Paris, 1615).